

FERIA AL ANOCHECER

Por Juan GARCIA PONCE

Dibujos de Fernando GARCIA

A Meche

DURANTE todo aquel invierno —debería tener entonces once o doce años— después de un sueño inquieto, lleno de sobresaltos y pesadillas en las que una y otra vez se veía muerto, muerto en pecado mortal y acostado en un extraño ataúd lleno de flores marchitas, sin olor, oyendo el rumor de las voces, pero sin poder hablar, ni justificarse, rumbo al cementerio, Andrés se despertaba antes de que la luz del día le devolviera la esperada, la indispensable tranquilidad y se quedaba inmóvil en la cama, tratando que las mantas le cubrieran todo el cuerpo para librarlo de cualquier posible ataque, escuchando desolado la respiración, casi siempre tranquila y pausada, de su abuela, que dormía profundamente en el otro extremo de la enorme habitación.

Esperaba así hasta que, a través de la amplia ventana sin cortinas, la incierta, la silenciosa y tenue, pero siempre maravillosa luz del día, brotando tan mágica, tan súbita, tan inesperada, cuando ya le parecía que nunca llegaría ese momento, le revelaba las conocidas ramas bajas del mango que crecía frente a la ventana. Entonces volvía a respirar tranquilo. El rumor del viento entre las hojas se hacía de nuevo agradable en lugar de transmitir terribles presagios, la tierra entera se abría acogedora, amable, y él era, todavía, uno más de los que respiraban, vivían sobre ella, con todo un día por delante para oír las voces, jugar en la escuela, escuchar el canto de los pájaros y treparse a los árboles, hasta que la oscuridad volviera a convertir a todos los elementos en enemigos. Entonces preparaba la sonrisa y cerraba los ojos, esperando que su abuela viniera a despertarlo.

Nunca tardaba demasiado. Desde su cama él oía los ruidos que hacía al levantarse. El leve rumor de las sábanas, el de la bata al ser recogida de la silla colocada junto a la cama, y, por último, el mucho más firme, rítmico, continuado de las zapatillas avanzando hacia su cama, hasta que ineluctable, serena, aparentemente tierna e indestructiblemente firme, como si nadie, más que Dios, pudiera interponerse entre sus órdenes y la obediencia inmediata que él les debía, se detenía frente a su cama y con la misma voz de todos los días, suave, cariñosa, pero también definitivamente imperativa, después de tomarlo por los hombros y moverlo un poco, le decía:

—Andrés, despierta. Ya sonó la primera llamada y tienes que comulgar antes de que empiece la misa.

En ese momento él hacía uso de la sonrisa preparada con tanto cuidado unos minutos antes. Luego se estiraba, fingiendo una pereza y una tranquilidad que sin embargo ya podía empezar a sentir, y dejaba la cama. Se vestía de prisa y después de procurar lavarse lo menos posible, siempre bajo la mirada vigilante de su abuela, le daba un beso y salía a la calle, cuando en las campanas de la iglesia repicaba la segunda llamada.

A esa hora el sol todavía no lograba borrar por completo el rastro frío dejado por la noche. Los primeros camiones empezaban a prestar servicio, pero salían de la terminal, situada en el mismo parque donde estaba la iglesia, casi vacíos y recorrían así todo el trayecto. Algunos coches, rápidos, silenciosos, pasaban de vez en cuando. De todos los enormes patios que rodeaban las casas, negros y llenos de rumores terribles por la noche, verdes y acogedores, recordándole innumerables aventuras inventadas dentro de ellos, ahora, brotaba ininterrumpido e indescritiblemente variado el canto de los pájaros, que de vez en cuando se dejaban ver, volando, brincando, de una rama, de un árbol, a otro. El caminaba, sin prisa, deteniéndose ante todas las lagartijas que tomaban el sol sobre las bardas, arrancando hojas de las ramas bajas de los árboles, las dos cuadras que separaban su casa de la iglesia y esperaba, sentado en una de las bancas del parque, que tocaran la tercera llamada y el remate. Pero casi nunca entraba, se quedaba allí sentado, ensimismado, tranquilo, olvidados ya todos los temores de la noche, con la cabeza llena de proyectos, imaginando, recordando, muchas veces, como cada primavera, el parque ardía, vibraba, se transformaba con la presencia de la feria, dueño por completo del interminable día que tenía por delante, mirando cómo la pequeña iglesia pintada de rojo, con el enorme framboyán, ahora rojo también, a su lado, se tragaba una tras otra a las viejas, las señoras y los pocos señores que oían la primera misa, como si fuera un gigantesco hormiguero al que se dirigieran inevitablemente, alegres y serenas, pero también inconscientes, todas las hormigas.

Algunas veces, muy pocas, la misa era cantada y él, atraído por el nostálgico, el lejano y casi mítico soplar del órgano, que llegaba hasta su banco, penetraba en la iglesia. Se sentaba en una de las últimas filas y dejaba vagar la mirada por los altares, los oscuros confesionarios, los

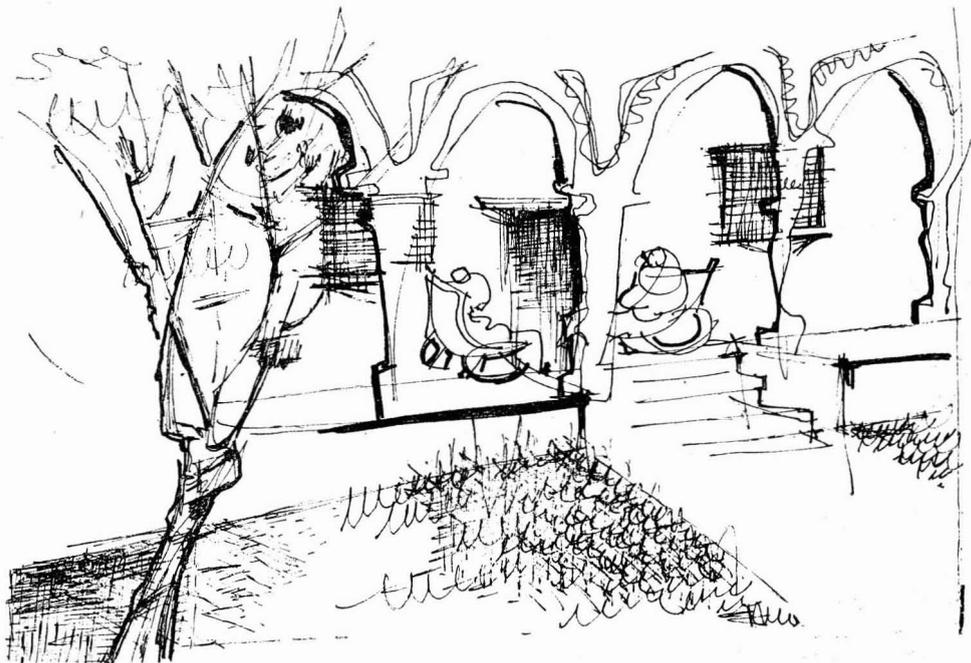
rostros de los demás fieles, mientras sus pensamientos, a mil leguas de distancia, ayudados por la música, viajaban incansables de una aventura a otra. Entonces se olvidaba del tiempo y mientras desayunaba lo más de prisa posible, tenía que explicarle a su abuela por qué se había quedado a oír la misa entera, aunque por la noche el recuerdo de la mentira y el género de los pensamientos aceptados y fomentados dentro de la iglesia aumentaban los temores.

Pero por lo general, esperaba tan sólo el tiempo conveniente para poder aparentar que había comulgado y recorría de nuevo las dos cuadras, ahora en sentido inverso, hambriento y apresurado, mientras el sol terminaba de absorber las pocas gotas de rocío que quedaban sobre las hojas y el rumor que las lagartijas producían al perderse entre las hierbas se hacía mucho más frecuente.

El desayuno era ya nada más un prólogo del día escolar. Su abuela le preguntaba por la tarea, las lecciones, y él contestaba lo mejor posible hasta que llegaba la camioneta con sus primos, recogía sus cosas y salía corriendo.

Durante el viaje todavía había tiempo para reír, golpeando a todos los demás y tratando de que no lo golpearan, hasta que llegaban al colegio y se sumía en la larga pausa de las horas de clase. Al fin sonaba el timbre anunciando la hora de salida, de tan lejana en apariencia, siempre maravillosamente sorpresiva y por completo inesperada. Pero el descanso del mediodía se veía oscurecido por la perspectiva de tener que regresar por la tarde, a las mismas clases, con las mismas palabras, en ese colegio con un patio tan semejante al de su casa, pero aún mayor, en el que tantos y tantos juegos podrían realizarse.

A esa hora ya el calor hacía olvidar por completo que era invierno y sabía que al llegar a su casa tendría que bañarse. Lo hacía a disgusto, sintiendo frío a pesar del sol, molesto por las horas de juego que el baño le obligaba a perder. Y sin embargo, después de comer descubría que no sabía cómo emplear el tiempo y se sentaba en una de las mecedoras del portal a esperar que pasaran otra vez por él. Entonces su abuela y su tía, que había dormido toda la mañana, venían y se sentaban a su lado y durante unos momen-



tos los tres se mecían, dándose levemente impulso con los pies, en el silencio pesado, ardiente, de la tarde, interrumpido tan sólo por el canto, agudo unas veces, triste y melódico otras, de algún pájaro y por el monocorde, tenue y adormecedor chirrido de las negras, las antiguas y gastadas, casi vetustas mecedoras, tan familiares, tan de acuerdo con la personalidad de su abuela y su tía que parecían formar una absoluta unidad con ellas. Después su abuela cerraba los ojos y sacaba el rosario y entonces, como si nada más hubiera estado esperando esa señal, su tía le hacía en voz baja, como si temiera interrumpir los rezos de su hermana, algunas preguntas sin ninguna importancia para inmediatamente después, sin ninguna pausa, sin dar ninguna explicación ni pedirle su consentimiento, segura de que contaba con su atención, su interés y su cariño, en una forma imperceptible, casi sigilosa, de manera tal que él nunca podía recordar con precisión en qué momento había empezado, comenzar a relatar, con la misma cuidadosa precisión, con un ansia insospechada de revivir sucesos y presencias, interminables y minuciosas anécdotas sobre otros días y otras personas, su madre, su padre, tías, abuelos, amigas, en ese mismo portal, en tardes y noches totalmente iguales a las que él vivía ahora, de tal manera y con tanta pasión que el portal se llenaba de sombras y rumores, de recuerdos y vagas, nostálgicas, susurrantes apariciones, cuya figura difícilmente podía él unir a la de las viejas arrugadas, cetrinas y los viejos enfermos, quejumbrosos que los visitaban por las noches; pero que, sin embargo, tenían una vida, una presencia, tan clara, definida y absoluta como cualquiera de sus compañeros de clase y, desde luego, un incomensurablemente mayor encanto e interés.

La bocina de la camioneta, inevitable, alegre, puntual, interrumpía estos relatos en el momento más álgido y él dejaba el portal triste, apesadumbrado, con plena consciencia de que nunca llegaría a conocer el fin de ninguno de ellos, porque su tía no recordaba las mismas cosas y jamás empezaba ningún relato por cualquier parte que no fuera exactamente el principio, el punto de partida de toda la historia. De manera que durante el viaje hacia el colegio y las horas de clase seguía sumergido en ese mundo doloroso, alegre, terrible, maravilloso y en realidad tan inexistente desde un punto de vista objetivo como cualquier relato que ha sido recordado y examinado, sentido y pensado tan innumerables veces y a través de tantos años como los de su tía, que no sabría diferenciar jamás cuándo recordaba las cosas como eran y cuándo como hubiera deseado que fueran y que vivía tan sólo de ese rumor de recuerdos, del cual él era el único paciente, pero mudo e impersonal testigo.

De este modo su mundo se dividía en dos partes perfectamente diferenciadas: una, inmediata, concreta, cuyos elementos principales eran la escuela, sus amigos, sus compañeros y los juegos y labores compartidos en soledad con ellos; y otra, amplia, intangible, pero no menos real, que tenía como ámbito ideal los muros que cercaban su casa, en la que los personajes aparecían y desaparecían de acuerdo con sus deseos, pero lo acompañaban siempre en todos los juegos, de

los que era creador absoluto, sujetos a reglas meticulosas, que él imaginaba y vivía en el patio de su casa, al regresar de la escuela por la tarde, mientras la luminosidad del día le permitía toda clase de pensamientos, buenos o malos, sin ningún temor, en el breve lapso de tiempo libre entre la última clase y el momento en que su abuela lo llamaba, sin dirigir la voz específicamente hacia ninguna dirección, con la seguridad de que él la oiría estuviere donde estuviere, para que entrara a hacer sus tareas. Después de lo cual, tendría que cenar en compañía de las dos viejas, tratando, esperando que no le hicieran ninguna pregunta comprometedoras, hasta que los tíos y tías, parientes y amigas, tan sugestivos en los relatos de su tía y tan inexplicables e inabordable como presencias reales, llegaban uno tras otro y él tenía que darles las buenas noches y retirarse a su cuarto a escuchar el rumor de sus voces cansadas y a esperar que la terrible, ajena, interminable noche transcurriera.

Alegrías y temores, noches y días, alternaban imperturbables y de pronto, súbita, inesperada, perceptible tan sólo porque los naranjos y limoneros del patio y de toda la ciudad se cubrían de azahares, florecía el mango detrás de su ventana, millares de abejas, reconocibles apenas por el zumbido, y toda clase de insectos revoloteaban alrededor de los árboles, agregándole al rumor de las hojas una inagotable gama de nuevos sonidos y el sol del nuevo día se reflejaba en unas hojas mucho menos cubiertas de rocío, aunque la temperatura era casi la misma, llegaba la primavera.

Desde ese momento empezaba a esperar, hasta que una mañana, cuando, ya sin la chaqueta que tanto le avergonzaba, se dirigía a la iglesia, encontraba el parque invadido por la enorme y revuelta cantidad de esqueletos de hierro laqueados, brillantes; de caballos de madera con la pintura opaca y descascarada, pero también con un inexpresable encanto, una rara vitalidad; de pequeñas y temibles sillas plateadas con la frágil cadena de seguridad al lado; de lonas viejas, manchadas, cubriendo los motores vibrantes, deteriorados, quejumbrosos; de incómodos carros verdes, azules, amarillos, rojos, con asientos de cuero gastado, pero aún brillante, y retorcidos arabescos dibujados años atrás en los laterales; de innumerables carpas de todas formas y tamaños; y el penetrante olor a aceite, lonas viejas y sudor que formaban la feria, que era el cambio, el pretexto —instituido ya como regla inviolable en quién sabe qué año anterior—, para acostarse más tarde



y tan excitado, cansado, maravillado, que, al menos durante los primeros días, no tenía ni siquiera la mínima consciencia indispensable para sentir miedo.

Entonces ni siquiera el rumor del órgano que llegaba más apagado que nunca confundiendo con el ruido de las herramientas, los motores y los gritos y llamadas, le hacía entrar a la iglesia. Se quedaba el mayor tiempo posible vagando entre los obreros y los juegos a medio construir, absorto, encantado, sin importarle la indiferencia, el desprecio con que recibían sus miradas ansiosas, ni los dos o tres empujones que le daban algunos de ellos, hasta que milagrosamente, como surgiendo de un orden interno que se disfrazara del más absoluto desorden, los distintos juegos aparecían de pronto totalmente armados.

Llegaba tarde a desayunar y sólo la oportuna intervención de su tía, cómplice y ángel guardián, tímida y casi inexpresada defensora de sus aún más tímidos e inexpresados derechos, lo salvaba de que su abuela le negara el permiso de asistir a la inauguración por la noche, a pesar de que tenía que salir caminando lo más de prisa posible detrás de él, para que se terminara la taza de café con leche, cuando la camioneta pasaba a recogerlo.

El resto del día, en las clases, mientras comía, oyendo sin escuchar a su tía en el portal y otra vez en las clases, pensaba todo el tiempo en la feria. Los juegos inmóviles y silenciosos, los cubos de sombra proyectados por las carpas de tiro al blanco, de lotería; los apagados focos de colores sostenidos por retorcidos postes de madera precariamente apuntalados, y, dormitando, cansados y sudorosos, aprovechando las breves sombras de las construcciones, los empleados con camisetas y pantalones llenos de grasa y polvo, que habían, en el breve lapso de una mañana, dado forma, volumen, carácter a todas las construcciones.

Al anoecer se dirigía alegre, excitado y conmovido hacia ellas, para encontrarse allí con sus primos y algunos amigos, en el mismo estado de ánimo que él, dispuestos, aunque según las edades, aparentaban distintos grados de indiferencia, a aprovechar hasta el máximo las dos o tres horas de permiso que les habían concedido.

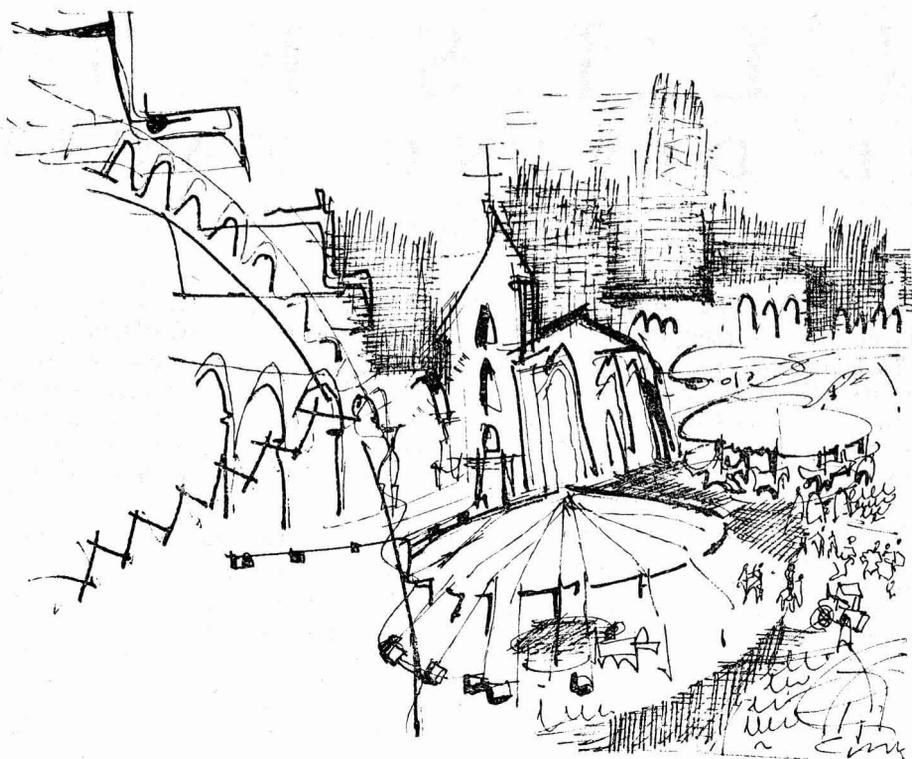
Al principio vagaban sin rumbo fijo, siguiendo con la vista los pequeños carros de la rueda de la fortuna, que al llegar al punto más alto, parecían totalmente aislados entre el cielo y la tierra; admirando a los que, sin dudarlos un solo instante, se subían a las sillas voladoras que a través de innumerables historias de desprendimientos del gran aro que las sostenía, habían llegado a adquirir un prestigio casi mítico; deteniéndose frente al látigo con las manos crispadas sobre la barandilla, tratando de compartir la emoción de los que se sometían a sus bruscos virajes; preguntándose mutuamente qué pasaría dentro de la casa de la risa, de la que brotaba de continuo una interminable carcajada, mezclándose con los gritos de los que estaban adentro, incapaces de aceptar que en su interior nada más había un simple columpio; hasta que alguien proponía subirse a los caballitos antes de que el círculo dejara de girar por completo. Intentaban la hazaña y se montaban sonrientes y satisfechos, mirándose desde sus respectivos caballos, con una ligera

sonrisa que quería indicar que en realidad ese juego no tenía importancia y que ellos eran ya demasiado grandes para él, aunque en el fondo se sentían extraordinariamente a gusto, y la música, los gritos, todo el barullo de la gente, los juegos, los empleados, aumentaban hasta un extremo inimaginable la importancia de las aventuras soñadas mientras rodeaban con las piernas los cuerpos duros, insensibles y perceptiblemente deteriorados de sus caballos de madera y a duras penas lograban vencer el impulso de acaricarles con gesto familiar las laboriosamente labradas y ahora rotas y despintadas crines, que parecían volar agitadas por el viento provocado por la velocidad del trote.

Repetían una y otra vez la hazaña, intercalándole breves intermedios durante los que tiraban al blanco o comían enormes, esponjosos y rosados algodones de azúcar y palomitas o tomaban refrescos para calmar la insaciable sed que éstas y la excitación les había producido. Luego se subían al látigo, con las facciones un tanto crispadas, para bajar unos minutos después, orgullosos, olvidada ya la sensación de vacío, de escapárseles las entrañas, que su movimiento les había producido; o a la rueda de la fortuna, donde la necesidad de columpiar el carro con más ímpetu que el compañero, los obligaba a agarrarse lo más firmemente posible a la barra de seguridad y a desear con toda el alma que la última vuelta llegara al fin, impidiéndoles gozar con serenidad de la formidable sensación que, oculta detrás de las otras emociones, les producía sentirse en el punto más alto, por encima de todos, arriba del campanario de la iglesia, de la amplia copa del framboyán, sin ninguna hoja verde entre las flores rojas, mirando la cúpula enmohecida, escuchando apenas el apagado rumor de la música, solos, independientes, mientras abajo todo se veía frágil, empequeñecido, lejano, pero también inmutable, alegre y, sobre todo, acogedor.

Y esa primavera, la última, aquella en la que cumplió doce años, además, Andrés, con uno de sus primos, al que se unió y al mismo tiempo odió como nunca antes había odiado a nadie, como si el secreto que ni a sí mismos se confesaban les impidiera al mismo tiempo recuperar la antigua confianza o separarse y tratar de actuar cada quien por su lado, conoció, trató, compartió por primera vez con una muchacha las alegrías de la feria y, sin advertirlo claramente, se enamoró de ella.

Desde ese día todas las aventuras imaginadas durante el tiempo de clase o en el patio y el portal de su casa en las interminables horas solitarias, incluyeron, también por primera vez, una heroína real y concreta, que reunía exactamente sus características. Esperaba más ansiosamente que nunca el momento de dirigirse a la feria, tratando, sin saber con exactitud para qué, ni lograrlo nunca, porque éste esperaba en la esquina a que él pasara, de llegar a ella antes que su primo, y al encontrarse, sin ningún acuerdo previo, la buscaban desesperados hasta encontrarla, para tratar de montarse en el caballo más cercano al de ella; pagarle los refrescos, los algodones de azúcar, todos los antojos y los boletos de los juegos; reírse cuando ella se reía y parecer lo más valiente posible y sonreír comprensivos cuando, sentada entre los dos, ella gritaba en el látigo, aparentando a su vez debili-



dad y necesidad de protección, o les pedía por favor, como si les exigiera una gran renuncia, que no hicieran que se balanceara el carro en la rueda de la fortuna.

Entonces los días transcurrieron como un sueño, un sueño tranquilo y apacible, sin lugar, tiempo, ni ocasión para pesadillas y temores y mucho menos para escuchar con atención los relatos de su tía, cuyos personajes habían sido desplazados por uno cuyo poder, fuerza, bondad y capacidad para ofrecer, otorgar y hacer sentir felicidad era inagotable y cuyas posibilidades apenas empezaban a ser explotadas. Hasta que inevitable, esperado vagamente, como algo muy lejano y quizá superable, pero no sin temor, por parte de él, y alegría, por parte de su abuela y su tía, que nunca se sentían tranquilas mientras él estaba en ella y esperaban nerviosas, impacientes, ese día, como todos los años, llegó el anuncio de que la feria se iría al día siguiente. Pero ese día, esa noche, la última, después de conseguir un permiso excepcional para quedarse hasta más tarde que los días anteriores, cuando ya casi había agotado por completo el tiempo concedido con dolor y alegría, olvidándose a veces de que era el último día y recuperando esa sensación de pronto con incertidumbre y temor; cuando ya había compartido con ella y su primo todos los juegos, tratando de agotar hasta el máximo con un hambre y una pasión incontenibles todas sus posibilidades; cuando ya habían probado todas las golosinas y todos los refrescos; cuando se habían reído y habían gritado y se habían alegrado y habían temido con toda la desesperación que les podía producir el conocimiento de que era el último día para hacerlo y estaban dando la que los tres sabían era la última vuelta de la rueda de la fortuna, los dos sentados a ambos lados de ella, conscientes de que era el final, de que el ámbito de su relación era ese y no había otro lugar ni otra oportunidad para percibirla y gozarla, aparentemente alegres e inconscientes, pero graves y apesadumbrados en el fondo, el motor se detuvo de pronto y el aparato dejó de girar, como si, cómplice de sus deseos, contribuyera, en la medida de sus posibilidades, a hacer un poco más duradero el

momento. Y cuando, una vez pasada la primera sensación de temor que les produjo lo inesperado del suceso, desde abajo les gritaron que no temieran nada, que el desperfecto sería arreglado en unos minutos y ellos tuvieron oportunidad de demostrar una vez más su valor tranquilizándola a ella, prometiéndole, además, no columpiar para nada el carro, se dedicaron tranquilamente a gozar del suceso, señalándose uno a otro las distintas características de todos los lugares, la iglesia, los árboles, las azoteas de las casas y, sobre todo, el indescriptible, el formidable y continuo rumor de vida, de movimiento indeterminado, de alegría incontenible, de entrega inconsciente y total que la vista de toda la feria producía y que desde allí podía contemplarse como desde un palco único y privilegiado, sintiéndose al mismo tiempo público y parte de ese espectáculo maravilloso e irremplazable que produce la gente tratando de agotar hasta el máximo las posibilidades de un instante vital cualquiera, como si tratara de saciar un hambre irreconocible, infinita e imperecedera, que los impulsara enceguecidos hacia cualquier lugar que presente la posibilidad de encontrar el indispensable alimento, de pronto, sin que nada fundamental hubiera cambiado, al menos en apariencia, sin que pudiera explicarse con claridad y mucho menos con exactitud el por qué, se sintió feliz y tranquilo, presintió, percibió, intuyó, sintió más que comprendió, que allí sentado, con ella a su lado, él era también parte de ese orden, porque era un orden, un orden formidable y eterno, y que como tal no tenía nada que temer, ni contra quien pelear, y supo, y esto era en realidad lo único que podía saber y comprender, que no volvería a tener miedo. Y entonces, como si de pronto cesara una lucha, sintió un relajamiento, una sensación de paz y descanso y, sin poderse explicar por qué, se dedicó a mirar tranquilamente el panorama, tratando sin mucho esfuerzo, de localizar entre todos los árboles los que correspondían a su casa, hasta que el motor volvió a funcionar y, lentamente, el carro fue descendiendo, acercándolo a la tierra, a la música, al bullicio, a la gente, al dolor y a la alegría.